
EL LABERINTO Y EL HILO

Más palabras sobre un viejo tema

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hay temas que es imposible, por lo menos sin un trabajo largo y exigente, tratar con originalidad. El de la Navidad es uno de ellos. Se ha acumulado mucha letra impresa sobre ellos, se han convertido en vacuos lugares comunes todas las frases escritas acerca de su significado y sentido. Es una fiesta simbólica que rebasa su efemérides histórica y religiosa. También, en verdad, se la emplea de pretexto para el comercio. En suma, sintetiza muchas cosas. Impone, ante todo, el culto a la familia, a la unidad de sus miembros, inspirándose en las tres miríficas personas del establo de Belén. El retablo y el árbol son, en último término, lo mismo: en aquél, la triada es precisamente arbórea, raíz, tronco y rama, en cuya cúspide florece un milagro de vida; en éste, la imagen familiar se oculta en la persistencia del pino por sobre el frío, el viento, la nevada, la muerte invernal. No se contradicen ambas representaciones. Son alegorías: importa lo que representan, no la representación por sí misma, madera, yeso, cartón, que son vehículos de un mensaje implícito en las figuras ficticias.

Las palabras vida, amor y paz se suscitan en la fecha y a propósito de los símbolos que la concretan. Se pueden decir muchas cosas con esas tres palabras, con esas tres ideas. Se pueden decir, con la rutina, cosas baladíes, cosas que se han oído siempre y que, por ende, ya nadie escucha. En esta época en que, ya no la agresión, la intolerancia, el odio, sino un error de cálculo, un calofrío de pánico, pueden desatar una guerra total, debiéramos renovar, descubriéndolo, el sentido de esos tres principios, y ello creando en la humanidad una conciencia del peligro en que se halla por el desenfreno del armamentismo, por el atizamiento del rencor, por el empecinamiento ciego de los amos del poder. Como afirmaba Shaw, los vocablos pierden, merced a su uso, su verdadero contenido y se colman de otro falso, vago, turbio. Vida, amor y paz están en el diccionario de nuestro tiempo desposeídos de su carga significativa, de su primigenia acepción. La vida está falsificada y amenazada, el amor atraviesa por una crisis, la paz no existe.

No es vida la de los que transcurren en la servidumbre o en el hambre, aplastados por los enemigos o en lucha desesperada contra ellos; no es amor el que se reduce, egoísta, al propio hogar en olvido de los miles donde no hay pan ni libertad; no es paz la que campea ahí donde alguien ejerce la violencia contra alguien, ya la violencia gris de la explotación, ya la violencia real de la agresión inmediata. ¿Qué se expresa, entonces, cuando hoy se pronuncian estas palabras? ¿No se reemplaza en el culto, si prevalecen las condiciones contrarias a él, lo simbolizado por el símbolo? Árbol o retablo, el ara de la festividad es una idolatría si, al erigirla, no se ha decidido acabar, mediante la acción, con todo aquello que, en torno de cada cual y más allá aún, empaña la ceremonia de nochebuena.

Hay temas —es preciso repetirlo— que no se pueden tratar con originalidad, que yacen bajo una montaña de palabras y palabras. Habría que celebrarlos con hechos, con una suerte de ascésis completa, para que recuperaran su prístina vigencia. De otro modo, como este mismo artículo, continuaremos enterrando su verdad bajo el polvo de una elocuencia sin objeto.